

# Whitman y los Victorianos

ASTRID RABY

*La historia de la acogida de Whitman en Inglaterra... es casi tan importante para comprender la sensibilidad y el gusto inglés como para evaluar al poeta.<sup>1</sup>*

Recogiendo el comentario de Douglas Grant, nos proponemos ofrecer en este artículo un panorama de las diversas reacciones de los críticos de la época victoriana frente a la poesía de Walt Whitman; panorama que no pretende de ningún modo ser la historia exhaustiva, ni menos definitiva, del asunto.

Una lectura somera de *Leaves of Grass* (Hojas de Hierba) revela la causa del desconcierto de los Victorianos frente a la obra y a su autor. Las interrogantes que ellos se plantean —que en nuestra época pudieran carecer de sentido— nos demuestran cuán extemporánea y excéntrica resulta para un victoriano la poesía de Whitman. ¿Era Whitman realmente un poeta? ¿Era Whitman el poeta representativo de la democracia del Nuevo Mundo? ¿No era más bien un escritor obsceno y crudo que se atrevía a presentar temas tabúes? Sus catálogos o “enumeraciones”, ¿eran poesía o una lista digna de un martillero público? Sus admiradores y detractores dieron respuesta a estas y otras interrogantes según sus respectivos temperamentos, ideales, experiencias. En diversas oportunidades, sin embargo, un denominador común de educación y tradición los unió indefectiblemente para enjuiciar al poeta y a su poesía.

<sup>1</sup>Douglas Grant, *Walt Whitman and his English Admirers*, p. 5.



William Rossetti publica una edición de *Hojas de Hierba* en 1868, en Londres. Desde esa fecha aumentan los ensayos críticos sobre la obra, o mejor dicho, sobre la personalidad del poeta, y en ellos es manifiesta la polarización de actitudes. Robert Buchanan y Standish O'Grady aparecen como defensores, en oposición a Peter Bayne y Theodore Watts. William Rossetti, Swinburne, Dowden y Symonds muestran cierta reticencia respecto a algunos aspectos de la obra, pero mantienen su aprecio por el hombre.

Proyectado a nuestros tiempos, es comprensible el revuelo que *Hojas de Hierba* produjera en la Inglaterra del siglo pasado. Los ingleses —también los norteamericanos— se veían enfrentados a una figura adánica que invadía la respetabilidad del salón victoriano predicando la supremacía del “Yo” sobre todo convencionalismo, a través de poemas “informes” para muchos, “sin rima ni ritmo”. La sociedad victoriana sufría de una multitud de temores fuertemente arraigados, especialmente en la clase media, y que tienen su origen en un respeto extremado por la norma establecida. En otras palabras, le asustaba el inconformismo, el ateísmo, la sensualidad (en particular si ésta era proclamada públicamente); le inquietaban los disturbios sociales, y desconfiaba de la originalidad. El rebelde, en tiempos de la reina Victoria, debía someterse al esquema de conducta común, o bien abandonar las comodidades ofrecidas por la industrialización e irse a vivir a Francia o Italia, tal como Byron y Shelley lo habían hecho. El rebelde, en suma, terminaría viviendo alejado de ese reino de paz y conformidad ajeno a enojosos disturbios sociales como aquellos de la Francia de 1848.

La “sensualidad” de Whitman es el primer blanco contra el cual descargan sus ataques los defensores convencidos de la excelencia del “decoro” victoriano. En julio de 1860, *The Westminster Review* publica un artículo anónimo titulado “Las Hojas de Hierba del señor Whitman”; su autor califica la obra como un desbordamiento de “obscenidad y blasfemia”. Aparte de reprochar a Emerson por su “encomio” a Whitman, el crítico declara su temor de que Estados Unidos a “la defensa pública de la poligamia y la esclavitud”, esté agregando ahora su adhesión a “la emancipación de la carne”, lo que, a su juicio, reflejaría un claro síntoma de “desorganización moral”. Según este crítico, Whitman no es más que un “ilota borracho” que se exhibe



“desvergonzadamente ante el público”. Ocho años más tarde, en la misma revista, leemos un artículo sobre la edición de Rossetti; para el autor del ensayo, dicha edición tiene un gran “mérito”, y es que “puede dejarse en una casa donde haya jóvenes”; no se podría haber hecho lo mismo con la edición anterior (1860). Enseguida agrega: “El Sr. Rossetti y yo diferimos grandemente en cuanto a la calidad en Whitman”.

*The Westminster Review* no es la única que se alza para defender la pureza de la juventud. *The Saturday Review*, en su número de mayo de 1868, recuerda a sus lectores que la poesía de Witman ha sido calificada como increíblemente “sucía” y “en su mayor parte, como rapsodia incoherente”; afirma que no tendrá el “honor” de ser reimpressa en Inglaterra. Sin embargo, este vaticinio no se cumple y, en ese mismo año, un inglés llamado Hotten rinde los honores a *Hojas de Hierba* con una nueva edición. De esta edición se comenta que incluye nuevos poemas y que “omite aquellos poemas típicos del libertinaje expresivo que generalmente se asocia al nombre de Whitman... parece justo decir que no hay nada en la presente edición que la descalifique para obtener un lugar en la *Biblioteca Bleue*”<sup>1</sup>. Más adelante en el ensayo se describe la personalidad del poeta en los siguientes términos:

“es estridente, fanfarrón y engreído ... sobre todo, arremete contra la decencia y los convencionalismos de todo tipo, lo cual le granjea la admiración de los tantos tontos que sienten un regocijo pueril al ver ridiculizadas las normas tradicionales de la moralidad y ver burlados los que ellos consideran prejuicios estúpidos”.<sup>2</sup>

El comentarista estima que la “vulgaridad” de Whitman es “innata”, que es producto de una incapacidad para percibir la diferencia entre “aquello que es naturalmente ofensivo de aquello que no lo es”. Finalmente, expresa su confianza en que la popularidad o influencia de Whitman será rechazada por gente que “tenga la valentía suficiente para usar su sentido común” y que no se dejará arrastrar por “lucubraciones presuntuosas”. Los ataques en esta revista son coherentes y constantes. En marzo de 1856 ya recomienda echar *Hojas de Hierba* a la hoguera, por-

<sup>1</sup>“Walt Whitman’s Poems”, *The Saturday Review*, mayo 2, 1868, pp. 589-590.

<sup>2</sup>*loc. cit.*



que los poemas son “extremadamente claros pero extremadamente obscenos”. Cuatro años más tarde, aún se considera a Whitman como “uno de los escritores más indecentes que jamás haya acumulado tanta inmundicia” en un solo volumen. El tono ofensivo continúa en marzo de 1876; el comentarista imita la comparación de Buchanan —Whitman es “un águila dorada enferma de muerte”— y la degrada llamándole “un pájaro sucio” al que todos esquivan por sus “hábitos inmundos”. En 1868, Rossetti había proclamado a Whitman como “un poeta extraordinario —el auténtico fundador de la poesía *americana*— y como el vocero más representativo de la realidad presente y futura de la democracia”. En oposición, el comentarista lo acepta como “americano” en “un sentido solamente”,

“en cuanto ciertas formas de bellaquería y vulgaridad, excrecencias de las instituciones americanas, son americanas. Pero que él sea americano porque represente el sentido estético, el intelecto, o el afán de culturización americanos, sentiríamos mucho tener que creerlo”.<sup>1</sup>

Es evidente que se enjuicia a la obra y al autor por sus ofensas al victorianismo ortodoxo y recatado, tanto en su temática como en su lenguaje. Si la persona del autor atrae los epítetos de obsceno, vulgar, sinvergüenza, grosero, “bárbaro” en suma, es natural que su poesía, para sus enemigos, sea “inmunda”, no apta para menores, menos para las damas o “ángeles de los hogares” ingleses. El énfasis que Whitman da a la sensualidad, con obvias connotaciones sexuales, es el primero de sus pecados “imperdonables” cometidos contra las convenciones del decoro victoriano del siglo diecinueve. Incluso, sus admiradores se resisten a perdonar esos pecados. Buchanan, por ejemplo, señala que Whitman habla “a veces de meras tonterías”, que “es un profeta sin refinamiento”, que es “vulgar, chillón, como la mayoría de los profetas”. Más aún, que

“tiene la fanfarronería de los profetas, no la dulzura del músico. De allí todas esas metáforas crudas y esas notas falsas que repelen a los artistas, esas brutalidades innecesarias que chocan con su crudeza... esa embriaguez mental que pasma a la mayoría de los europeos”.<sup>2</sup>

<sup>1</sup>“Leaves of Grass”, *The Saturday Review*, marzo 15, 1856, p. 393.

<sup>2</sup>Robert Buchanan, “Walt Whitman”, *The Broadway Annual*, sept. 1867-agosto 1868, pp. 188-191.



Buchanan confiesa “sin vacilar” que “la carencia de arte, la vulgaridad, la jactancia” de Whitman, son “defectos” y “defectos enormes”.

Por lo visto, son mínimas las discrepancias entre admiradores y detractores para percibir los defectos de Whitman. El ejemplo más preciso parece ser el de William Rossetti. En el Prefacio a su edición de 1868, escribe que Whitman en algunas oportunidades trata “temas vulgares en términos vulgares, crudos, y sin rodeos”. De aquí que su selección de poemas publicada en Inglaterra omitiera aquellos versos que podrían considerarse “ofensivos a los sentimientos de la moral o la respetabilidad” de la época. Si bien es cierto que Rossetti califica de hipócrita a su sociedad, también es cierto que califica los versos omitidos de la obra como “extremadamente crudos y repugnantes como arte literario, poético en sí, aparte de lo que puedan significar desde un punto de vista moral”. En este mismo prefacio, Rossetti declara no desear alcanzar “honores bowdlerianos” \* y, sin embargo, eliminó por completo el poema “Song of Myself” (Canto a mí mismo) de su selección, con el buen propósito de preparar el terreno para una publicación inexpurgada de toda la obra de Whitman. Cabe recordar que ese poema (Song of Myself) es considerado en la actualidad como la clave, la esencia, de toda la producción poética del americano. La edición “limpia” de Rossetti encontró buena acogida en las revistas literarias; pero el buen propósito de Rossetti fracasó, la obra completa de Whitman no fue publicada en Inglaterra durante el siglo XIX. Rossetti sí obtiene los honores de un Bowdler. En general, los victorianos decididamente desaprobaban el tratamiento de ciertos temas. Como Rossetti lo señala explícitamente,

“respecto a la moralidad, ni admiro ni apruebo los pasajes controvertidos en los poemas de Whitman, al contrario, creo que la mayoría de ellos deberían eliminarse... Esto, sin embargo, no quiere decir que Whitman sea un hombre vil, ni que sea un escritor corrompido o corruptor; no es nada de eso”.<sup>1</sup>

\*N. B. Thomas Bowdler publicó una versión “expurgada” de las obras de Shakespeare, en 1818, para ser leída “en familia”.

<sup>1</sup>W. M. Rossetti (ed.), *Poems* por Walt Whitman, 1868, p. 23.



Tampoco aprueba Rossetti la “fraseología” de los pasajes omitidos.

Estas declaraciones del editor, en defensa propia o como excusa, se amoldan a la línea de las críticas “literarias” de la época. La “moralidad” y el “decoro” o la respetabilidad, son lemas y clichés de esa sociedad paradójal. Sin embargo, Whitman mismo proporcionó varios de los blancos de ataque para los ingleses; por ejemplo, su autodescripción de “perezoso”, “holgazán”, “sensual” y su jactancia por ello, tenía que ofender a una sociedad aparentemente puritana, laboriosa, empeñada en cumplir con el evangelio del “deber” y del “trabajo” predicado por filósofos y escritores. Una sociedad que ensalzaba los progresos materiales de la industrialización, la ciencia y el imperio ingleses no estaba dispuesta ni preparada para “cantarse” a sí misma ni menos para aceptar las fanfarronerías de un poeta “holgazán”, “sensual” que osaba expresar abiertamente la necesidad de “airear” el tema de la sexualidad — tabú para los Victorianos.

No obstante, y oponiéndose a la mayoría, un distinguido hombre de letras, J. A. Symonds, defiende la teoría y puntos de vista de Whitman sobre la sexualidad. Symonds aprueba esta teoría “primitiva” y “arquetípica”, porque se basa en las “necesidades primordiales e instintivas del hombre”, y al compararla con la de las novelas francesas la considera más “saludable” y “refrescante”. Symonds comprende que para Whitman la sexualidad es como “el bajo continuo” en música, es decir, una melodía “invisible, pero omnipresente, oída por todos, a la que todos responden”. Por lo demás, son testigos de esta afirmación las familias victorianas de numerosa prole, y el enorme aumento de la prostitución en Londres. Lo sexual no es un “secreto vergonzoso” para Symonds, como lo es para sus contemporáneos. Considera que si se va a discutir lo sexual abiertamente en literatura, será preferible hacerlo

“en la compañía de poetas como Esquilo y Whitman, quienes sitúan el amor entre los grandes misterios universales de la naturaleza, que (hacerlo en compañía) de teólogos que confunden la verdad del amor con el pecado, o con pseudo-psicólogos que se ocupan superficialmente del aspecto de la sexualidad”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup>J. A. Symonds, *Walt Whitman: A Study*, p. 66.



Otro foco de controversia victoriana sobre Whitman es su derecho al título de “poeta” o, al menos, de “profeta”. Su poesía, lenguaje y métrica, en opinión de los críticos, carece de todo elemento poético; es tosca, rústica y disonante. Así, el crítico del ensayo de Swinburne sobre Blake señala atinadamente que “los lectores ingleses acostumbrados al refinamiento tennysonian” se darán cuenta “de la casi total ausencia de rima, y del ritmo primitivo” en la poesía de Whitman. Justamente “ritmo” es lo que los poetas de nuestro siglo heredaron del poeta americano, su “verso libre” sin rimas como distintivo. Para ese crítico, Whitman es una especie de “profeta”. Si bien concede que “existe un extraño tipo de música áspera (rough) en casi todo lo que Whitman escribe”, también lamenta que el autor sea tan “extremadamente descuidado con las reglas de la prosodia”.

El crítico de la *Saturday Review* es más categórico en su rechazo:

“llamar a un hombre poeta, sólo porque predica en estilo pomposo que un individuo vale tanto como otro ... es confundir las funciones del poeta con las de un demagogo; y, cuando Whitman tiene algún significado, no llega más que a eso”.<sup>1</sup>

Robert Buchanan, que al parecer participa de la misma opinión cuando dice que Whitman “no es un artista, ni siquiera un poeta en el sentido técnico de la palabra”, señala una diferencia entre el poeta Whitman y el hombre Whitman:

“Whitman se contenta con reiterar su verdad una y otra vez en los mismos tonos, con los mismos resultados; mientras que el poeta al descubrir una verdad que enunciar está obligado por sus intereses artísticos a buscar nuevas formas literarias para darle expresión”.<sup>2</sup>

“Demagogo” o “profeta”, rara vez fue Whitman reconocido como “poeta” por los victorianos. La excepción, la rotunda afirmación de Arthur Clive (seudónimo de Standish O’Grady) de que “no (va) a perder palabras en la tarea de demostrar que Walt Whitman es un poeta, lo es, y uno de alto rango”; no sólo un poeta, sino que “un místico”, añade.

<sup>1</sup>*The Saturday Review*, mayo 2, 1868, p. 590.

<sup>2</sup>Buchanan, *op. cit.*, p. 194.



Es conveniente en esta etapa leer a Swinburne, aun cuando Rossetti lo aconsejara sólo para aquellos “que consideraban al poeta americano ‘totalmente amorfo’, intolerablemente vulgar y torpe, ‘ignorante del A B C del arte’ y cosas parecidas . . . (leed) una evaluación muy distinta por el autor de *Atalanta en Calydon*”. Algerson A. Swinburne, poeta inglés también puesto en tela de juicio por los victorianos, escribió sobre Whitman en diversas oportunidades, según su estado de ánimo. Al parecer, lo primero que despierta la admiración de Swinburne por el americano es su visión poética de la libertad y de la democracia. Llega a compararlo, por esta razón, a otro discutido profeta y visionario, el inglés William Blake (1757-1827). En su obra, *Songs Before Sunrise* (1896), Swinburne incluye un poema titulado “To Walt Whitman in America”. Exceptuando el nombre en el título, el tema no es él, sino la libertad política; sin embargo, reconoce la calidad de “poeta” en Witman. Por ese motivo le solicita en el poema que “les envíe una canción con el mar”, él que es símbolo del “espíritu libre entre hombres libres”. En 1872 había escrito el ensayo “Under the Microscope” (Bajo el microscopio), y, como ya Buchanan había señalado, establece una división entre el hombre y el poeta. Swinburne ve en Whitman:

“dos hombres distintos, de tipo discordante: un poeta y un formalista. Del poeta he expresado antes que ahora, en la mejor forma posible, ya sea en verso o en prosa, mi ardiente admiración y afinidad”.<sup>1</sup>

Aunque sostiene que Whitman es “un poeta de genio superior” al de Pope y Boileau, también sostiene que Whitman es indiscutiblemente más “formalista” que ellos. Le inquieta y le molesta, no obstante, aquella ostentación exagerada de su papel de poeta de la democracia americana. En ese carácter, según Swinburne, Whitman parece “embebido en su personaje, en los deberes y atributos del poeta, del demócrata oficial”, y así deja de ser “poeta” y ni siquiera es un buen “orador”. Más importante aún, Swinburne señala la necesidad imperiosa de fusionar en poesía el contenido y la forma, mediante el “ritmo”, porque

<sup>1</sup>Swinburne, “Under the Microscope” en *Swinburne Replies*, editado por Hyder, p. 62.



“lo que es verdadero para todos los poetas, tiene aún mayor validez para Whitman, (es decir) que el contenido y la forma crecen juntos... dondequiera se escuche una nota de buena música, seguramente se descubrirá que proviene... de la música que está en la raíz del pensamiento o la expresión”.<sup>1</sup>

A pesar de la oposición indicada por Buchanan y Swinburne entre Whitman-poeta y Whitman-orador (o demagogo), los críticos antagonistas no se plegaron a la idea de un Whitman-poeta. El rechazo fue total.

Veinte años después de la primera edición de *Hojas de Hierba* (1875), Peter Bayne niega al americano la corona de poeta. Sin ambages rechaza la obra de Whitman, porque sus “poemas”

“no se asemejan a nada que la humanidad haya considerado poesía. No están escritos ni en rima, ni en ninguna medida conocida como verso blanco (blank verse); por cortesía solamente podría llamarse versos a estos desbordes o borbotones de medida irregular. No son poesía ni por su forma ni por su contenido; sólo son prosa bombástica, pomposa, estúpida...”<sup>2</sup>

Este ensayo es a la vez el peor ataque a Whitman y el mejor ejemplo de la intolerancia y estrechez de criterio de algunos miembros de la sociedad ivctorniana. Sus expresiones revelan un amplio espectro de virulencia: Whitman es “extravagante”, “pomposo”, “estúpido”, “artificial”, “inmoral”, “pestilente”, “charlatán reconocido”, “insensatamente obsceno”, “rimbombante y tautológico”. La razón de lo exacerbado de su ataque está, según Bayne, en la admiración indiscriminada de los prosélitos de Whitman. En el último párrafo del ensayo dice:

“Me di cuenta con amargo dolor de cuán mortífero es el peligro de que nuestra literatura llegue a convertirse en una enfermedad devastadora, en la que... la fiebre reemplace a la temperatura normal, los extravíos del delirio reemplacen la energía de la imaginación poética, las contorsiones del espasmo tetánico caricaturicen los movi-

<sup>1</sup>Swinburne, *loc. cit.*, pp. 64-65.

<sup>2</sup>Peter Bayne, “Walt Whitman’s Poems”, *The Contemporary Review*, Vol. XXVII, diciembre 1875, p. 89.



mientos de la fuerza en armonía. Por lo tanto, suspendí trabajos más agradables para escribir este breve ataque a la extravagancia y el artificio literarios".<sup>1</sup>

Es interesante encontrar en el ensayo de Swinburne, "Whitmanía", un uso similar de imágenes derivadas de enfermedades. "Whitmanía" —la manía o fanatismo por Whitman— claramente expresa el fastidio de su autor hacia los admiradores del poeta, al igual que Bayne. Swinburne inicia el tema indicando que "el notable rapsoda americano" ha "contagiado a cierto número de lectores y escritores con la enfermedad que lleva su nombre, Whitmanía". Más adelante, condena a Whitman por su discusión de tópicos "inapropiados para ser expuestos públicamente ni para ser expresados en una obra literaria". No es el tema en sí lo que condena, sino la manera de tratarlo, su estilo. En esto no se diferencia de Rossetti, Buchanan o Dowden; lo distinto es su motivo. Para Swinburne, "la sensualidad malsana, manifiesta e insistente de la Whitmanía" atenta contra la pasión humana natural, y es tan antinatural e incompatible como el ascetismo de los primeros cristianos. Según él:

"si existe algo que justifique la manifestación consciente y deliberada de la simple emoción física en literatura o en las artes... debe ser la intensidad de la emoción expresada con perfección o sencillez plena, con un encanto divinamente sublime, como Safo (lo hiciera)".<sup>2</sup>

Esta premisa, aclara, no está demostrada en todos los poemas. Whitman no ennoblece sus temas, su material, ni usa un lenguaje "decoroso". Para Swinburne, la figura de Eva ("Mr. Whitman's Eve") en *Hojas de Hierba* es una "drunken apple-woman" (¡la borracha mujer de la manzana!) y una "muchacha hotentote". Whitman es un poeta "noble" sólo cuando reflexiona y canta sobre la muerte, en lo demás es sólo un "retórico". Concluye su ensayo con la opinión de que Whitman "rara vez escribe bien, ya que está totalmente enjaulado, maniatado por un estilo completamente antinatural, imitativo, histriónico y artificial". Reconoce, sí, que "hay una fuerza ardiente y conmovedora en sus mejores estallidos de impetuosa retórica", que

<sup>1</sup>Bayne, *loc. cit.*, p. 69.

<sup>2</sup>Swinburne, *op. cit.*, p. 175.



cultivada podría haber hecho de Whitman un excelente “orador”. Un “orador” o un “demagogo” (stump orator), el apelativo de poeta sigue siéndole negado a Whitman. Es evidente que varias de las críticas de Swinburne son válidas, justas y pertinentes, pero el sarcasmo, la malignidad y la brutalidad del ataque de este antiguo admirador oscurece nuestra apreciación de su ensayo crítico. Se puede comprender su disgusto y cansancio por lo que él mismo llama “la adicción (de Whitman) a la verbosidad flatulenta y vaga”; no obstante, esto no justifica su estilo insultante. Es irónico leer que una de sus propias obras —*Laus Veneris*— recibió un tratamiento parecido y fue considerada “peor que *Hojas de Hierba* en cuanto a moralidad”.

Symonds refuta el ensayo de Swinburne y, repitiendo la expresión de Victor Hugo (admirado por Swinburne), califica al escrito como “*Ignoble*”. Pero está de acuerdo en que “los estúpidos que tienen a Whitman en el cerebro” merecen los calificativos y el tratamiento cruel de Swinburne. También concuerda en que Whitman “no es un poeta en el sentido técnico de la palabra” y que llega a lo “grotesco” para diseminar sus doctrinas. Empero, dicho ensayo, a su juicio, es una “grave tergiversación”, porque “le atribuye (a Whitman) el vicio, la impureza y la corrupción que éste ataca en cada una de sus páginas”.<sup>1</sup>

Hasta aquí algunos victorianos están dispuestos a aceptar a Whitman-poeta, solamente cuando escribe sobre la muerte, la amistad o la guerra. Buchanan, por ejemplo, proclama su entusiasmo por los poemas de *Drum-Taps*; allí encuentra “música absoluta, que culmina una o dos veces en poesía”. Una de las muestras innegables de ello es el poema de tono elegíaco, “*When Lilacs Last in the Dooryard Bloom’d*”, en parte —sabemos— motivada por el asesinato de Lincoln, en 1865. Aparte de tener la muerte como tema central, este poema lírico reúne “las tres características fundamentales del arte poético— visión perfecta, intensa emoción y música auténtica”, que por lo demás, observa, no son habituales en el canon de Whitman.

Con todo, la muerte, la amistad (o camaradería) y la guerra no son, de ningún modo, los únicos temas que Whitman presenta en su obra, ni su estilo es siempre lírico. Están, además,

<sup>1</sup>J. A. Symonds, “A Note on Whitmania”, *The Fortnightly Review*, sept. 1, 1887, p. 459.



su país (en geografía e historia), la democracia, la ciencia, la religión, la naturaleza, los adelantos tecnológicos, todo aspecto, en suma, que sentía era su deber —o privilegio— expresar en sus *Hojas de Hierba*. Pocos de sus contemporáneos lograron comprender que al cantarse a sí mismo Whitman consideraba este sí mismo como un microcosmos que abarcaba e incluía a toda la humanidad, fusión “visionaria” alcanzada por un proceso de simpatía y empatía y que irrumpió en éxtasis poético. Pocos comprendieron que su sueño de dar origen a una literatura esencialmente americana, era un sueño y un anhelo compartidos por muchos otros hombres, aunque más “respetables” y decorosos que él mismo, también soñadores; recuérdese a Emerson, Thoreau, Harthorne, Melville, entre otros. Recordemos también que, contrarios a la opinión de los críticos norteamericanos, un escaso número de ingleses consideró seriamente a Witman como el poeta representativo del Nuevo Mundo, de la democracia americana.

Edward Dowden, el distinguido erudito de Trinity College (Cambridge), es uno de los defensores de Whitman. Para él, el americano encarna lo auténtico del arte que él llama “democrático” en oposición al “aristocrático”. Según esta distinción, el arte democrático no se ciñe a ningún estilo ni fórmula tradicionales; no admite “dictadores” literarios, puesto que cada generación dicta sus propias reglas si es necesario; tolera todos los estilos menos el “insípido” o insulso; considera cualquier tema legítimo si es que estimula “el intelecto o las emociones”. Ya que en una democracia la “opinión pública” favorece “el individualismo”, Dowden señala que el escritor podría sentirse “tentado a desvalorizar indebidamente el orden, la corrección, la normalidad de lo académico”. Por lo tanto, en lugar de perpetuar fórmulas antiguas se estimula al escritor demócrata a “realizar nuevos experimentos”. Y éste es precisamente el calificativo de Whitman a su propia obra poética, “un experimento” con el lenguaje. Todavía más, según Dowden, “el atractivo” que este arte ejerce “no es sobre una clase social, sino sobre toda una nación”. Su contenido y sus temas incluyen todos los estratos de la nación y no sólo una élite; los trabajadores, por ejemplo, son considerados personas (o personajes) tan dignas de metamorfosis poética como las de cualquier otra clase, y no son tratados con benevolencia o condescendencia —como sucede en



el arte "aristocrático"—. Nadie podría negar que todas las premisas de Dowden están incluidas, contenidas, en la poesía de Whitman y que, bajo este punto de vista, no hay otro poeta americano contemporáneo que cumpla cabalmente con todas ellas; debería definirse a Whitman como el poeta americano, representativo, moderno, democrático, *par excellence*, usando la frase de Rossetti. Como se desprende de las citas, tal designación está lejos de ser aceptada incondicionalmente.

Hemos señalado el rechazo, en general, del "contenido" de *Hojas de Hierba*; la "forma", o carencia de ella mejor dicho, es otro de los motivos para el rechazo victoriano de su obra. Excepto en los poemas líricos, Whitman acusa una marcada tendencia a "enumerar" en largas series a personas, lugares, paisajes, hechos históricos, oficios, experiencias oníricas, en fin, todo aquello que sus sentidos captan. Al respecto, Dowden comenta con un dejo de broma que los "catálogos" de Whitman:

"son siempre para el poeta, si no para el lector, *visiones* —encantadas—, aunque no sean tal vez enumeraciones (series) encantadoras; cuando su (de Whitman) apetito por lo grandioso se ha satisfecho... aquello que no logra estimular nuestra imaginación ha estimulado profundamente la suya; pero incluso a nosotros nos ha dado una visión de multitud, de variedad, de igualdad, como acaso no lo hubiera logrado de otra forma".<sup>1</sup>

La interpretación de Dowden es la excepción. Bien distinta es la de Swinburne; en cuanto a los "catálogos", para "cantar la canción del idioma bastaría con vociferar las veinticuatro letras del alfabeto de atrás para adelante y viceversa". Es la gran "insensatez" de un "gran escritor". Según Bayne, estas series no son más que "catálogos de martillero público", desprovistos de "orden lógico, de pensamiento esclarecedor o estimulante", "una pobre muestra de artificio", de "pose".

Dowden elige a Whitman, y no a Longfellow, ni a Bryant, ni a Lowell, como *el* poeta de la democracia. Su elección, sin embargo, incluye una salvedad. "Ocurre, a veces", dice Dowden, que el poeta olvida que "el instinto de silencio... es un elemento hermoso, imperecedero en la naturaleza". Lo elige porque, aun cuando el estilo y el contenido son inapropiados, "la mú-

<sup>1</sup>Edward Bowden, "The Poetry of Democracy: Walt Whitman", en *The Westminster Review*, julio 1871, pp. 16-32.



sica está allí". Y esta cualidad es la que diferencia a un simple escritor de un "poeta".

Peter Bayne rechaza categóricamente la evaluación de los admiradores de Whitman, porque si se le define como poeta sería "ofender a los verdaderos poetas que América ha producido". No cita sus nombres. Esa designación produciría un profundo desaliento en aquellos "que rehúsan creer que la democracia es sinónimo de desintegración". Bayne expresa su convicción de que la poesía de Whitman significaría "reemplazar los lazos amables y los modales gentiles" de la civilización "por un libertinaje infra-animal". Por lo demás, también cree que "la doctrina política de Whitman es la consagración de una independencia sediciosa, de una egolatría fanática y de una presunción descarada". Bayne se equivoca al calificar de "doctrina política" las ideas de Whitman sobre libertad y democracia, puesto que sus ideales democráticos se basan en la "personalidad" del hombre americano y no en partidos políticos. A menos que su idea de "igualdad" democrática sea interpretada bajo el prisma político teñido de temor por la "igualdad social", "igualdad" que en opinión de Bayne "es la más venenosa y maligna de todas las falacias políticas y sociales". Temores victorianos.

En contraposición, según Arthur Clive, la poesía de Whitman —su democracia— "sostendrá en lo alto un hermoso ideal al que aspirarán todas las gentes". Y Oscar Wilde, en su crítica de *November Boughs*, señala la presencia en esta obra de una "grandeza de visión, de una sensatez y de un fino propósito moral" que sitúa a Whitman muy distante de los "*litterateurs*" de su país.

*November Boughs* se publica en 1889. El crítico de *The Saturday Review* es claramente un nuevo escritor. En su comentario alude a juicios anteriores escritos por "mano eminente", sin comprometerse a evaluarlos como injustos. Sin reservas, pronuncia y cita a "When Lilacs Last . . .", "un poema exquisito", aun cuando está mezclado:

"con alabanzas a . . . una condición política y de estilo defectuoso, a imprudentes incursiones en *tacenda*, a catálogos insensatos de nombres y oficios, y otras no pocas insensateces similares".<sup>1</sup>

<sup>1</sup>*The Saturday Review*, marzo 2, 1889, pp. 260-261.



Su objeción a las “no pocas insensateces” no es novedad. Lo que sí es original es su evaluación de Whitman: “este parrandista descarriado, este tunante de dudosa educación en poesía, es con todo un poeta” y “uno de los notablemente pocos poetas que han surgido en su país”. Le ha dado un sorprendente espaldarazo a Whitman.

Whitman fallece tres años más tarde (1892). El crítico antes citado confirma su opinión de que si bien a veces Whitman predicaba “simples tonterías” y “pura discordia”, también solía recrear en su poesía “estallidos y trinos de música divina, ecos del ritmo del mar que amaba”. También aparece una nota en *The Atheneum* sobre la muerte del poeta; este artículo termina como sigue:

“En cuanto a la indecencia pasmosa (de Whitman), eso puede perdonarse. No ha hecho daño. En sólo el intento de un periodista... de jugar al ‘noble salvaje’ ensuciando las puertas de la civilización. En Inglaterra habría sido rápidamente ‘encarcelado’.”<sup>1</sup>

El autor de estas líneas es un famoso hombre de letras, Theodore Watts, quien repetidamente niega a Whitman “todo genio poético”. En su obituario, completamente injusto, sardónico y condescendiente, concede dos cualidades a Whitman: primero, que Whitman tiene “el temperamento de un pensador poético”; segundo, que es lírico sólo cuando escribe sobre la “muerte” —como en uno o dos poemas sobre la muerte de Lincoln—, en estas ocasiones incluso alcanza el rango de “sublime”. Su aprobación a este único tema, la muerte, recuerda una declaración de A. Clive sobre sus contemporáneos. Dice Clive que “un espíritu de melancolía invade a la sociedad moderna” y que “el hombre moderno se viste de negro, odia, como la lechuza, la luz del sol”. En este contexto, bien podría compararse a Watts con una lechuza muy negra y, además, maliciosa.

Un gran poeta inglés acepta lo que aquel crítico rechaza. Gerald M. Hopkins no vacila en confesar a su amigo Robert Bridges (también poeta de fama) que siempre supo “en el corazón” que la mentalidad de Whitman “era la más parecida” a la suya que la de ningún otro hombre. Confesión nada agradable de hacer, puesto que Hopkins también considera a Whitman “un grandísimo bribón”. Este jesuita y poeta reconoció siempre lo “original y notable en la forma de pensar y ser” del americano,

<sup>1</sup>Theodore Watts, “Walt Whitman”, *The Atheneum*, abril 2, 1892, Nº 3362.



pero primordialmente es el primero en reconocer "su ritmo". El mismo "ritmo irregular" que Hopkins estaba tratando de recrear en su propia obra y que ha sido una influencia dominante en la poesía inglesa de nuestro siglo. Ritmo y métrica ni comprendidos ni aceptados por la Inglaterra victoriana. Tanto Hopkins como Whitman no fueron "profetas" de una nueva poesía en sus respectivos países hasta casi pasado un siglo.

El objeto de tanta controversia ha muerto.

Whitman fue admirado e insultado. Los victorianos no asumieron una cómoda actitud de indiferencia o desdén silencioso ni frente a su mensaje ni frente a su estilo, menos aún frente al impacto de su personalidad tal cual se refleja en su poesía. Los victorianos escribieron sobre el hombre, el artista, el profeta; su contenido y su forma. Pusieron en un pedestal o en el potro de los tormentos sus opiniones, teorías, formas de expresar su temática: el amor, la democracia, la muerte, la guerra, su "Yo" y su "En-Masse". Si para los menos fue el poeta representativo de la democracia americana, ya centenaria en su vida, para los más fue solamente un arribista obscuro, caótico, anárquico, que usó invadir el reino lingüístico de Shakespeare. Si para sus paladines Whitman casi logra ser la réplica de un Cristo redivivo, para sus detractores es la encarnación de una pesadilla, una *bête noire*; es siempre el centro de ataques o defensas irreconciliables.

Los debates a favor y en contra de Whitman aún continúan. Pero algunos de los más distinguidos poetas de nuestro tiempo ya han firmado sus "pactos" individuales con el "pionero", otros, sin reconocerlo en público, llevan su sello. Pound, T. S. Eliot, Sandburg, para nombrar algunos, lo reconocen como el ilustre progenitor.

Para finalizar esta breve incursión en el pasado victoriano inglés, sólo resta añadir una última cita:

"De ninguna otra persona que haya vivido y escrito en nuestro tiempo es más difícil escribir —limpia la mente de toda gazmoñería— que del autor americano... que eligió llamarse a sí mismo Walt Whitman".

(*The Saturday Review*, abril 2, 1892)

Walt Whitman es también de nuestro tiempo.

NOTA: Todas las traducciones de citas son de responsabilidad de la autora.